

pues á la encíclica, los *reunidos* pusieron mucha actividad en hacerla ejecutar. Uno de los principales medios que emplearon para multiplicar el número de sus partidarios fué una imprenta que establecieron en París. Esta les servia para publicar sus propios escritos, y los que juzgaban útiles á su causa. De allí salieron tantos libelos contra la corte de Roma, tantas producciones propias para desviar á los pueblos; de allí partia regularmente un diario, que bajo el nombre de *Anales de la religion*, no era mas que los anales del partido. Allí su Iglesia no se llamaba mas que la Iglesia galicana, y no se hacia caso de los obispos proscritos, y de la inmensa mayoría de sacerdotes desterrados, aprisionados ú ocultos, y de fieles valerosos, que no tomaban parte alguna en el cisma.

## 1796.

— El 22 de febrero, declaracion y retractacion de M. Panniset, obispo de Mont-Blanc. Habiendo sido conquistada la Saboya por nuestros ejércitos en 1792, se habia pronunciado poco despues su reunion, y la Convencion habia enviado algunos de sus miembros para establecer en ella el mismo régimen que en la Francia. El obispo de Loir y Cher era uno de estos *representantes del pueblo*, así

se les llamaba. No contento con proclamar allí la libertad, quiso tambien que este pais gustase las dulzuras de la constitucion civil del clero, ya moribunda en Francia. Habia en Saboya cuatro sillas episcopales. Él las suprimió por su autoridad y sin decreto alguno de la asamblea. En lugar de ellas creó una nueva silla para todo el departamento; porque se mudó el nombre del pais, que se llamó el departamento de Mont-Blanc. A fuerza de sollicitaciones el obispo diputado encontró un sacerdote que quiso aceptar este obispado de nueva formacion. No era la potestad civil la que establecia esta silla, como habia hecho en 1790 la asamblea constituyente; era un particular sin poder alguno para ello, que pretendia quitar á los obispos que vivian su jurisdiccion y sus derechos, para revestir con ellos á quien bien le pareciese. M. Panniset, cura de Albigny, se prestó no obstante al deseo del reformador, y fué elegido obispo de Mont-Blanc. Durante el terror renunció, como otros muchos, á sus funciones, y reconoció en seguida que esto no era otra cosa mas que una apostasia desfigurada. Empezaba á experimentar los remordimientos de su conducta pasada; pero incierto aun, é irresoluto, al mismo tiempo que daba pasos para reconciliarse con la Iglesia, mantenía correspondencia con muchos de sus colegas, y enviaba su adhesion á la primera encíclica. Esta adhesion fué despues rechazada por los *reunidos*, y uno de ellos asegura en un escrito que la rechaza-



ron cuando supieron por confesion de M. Panisset la conducta que habia tenido durante el terror. Pero si este era su motivo ¿por qué pues recibieron sin dificultad, y sin exigir espiacion alguna anticipada, las adhesiones de los obispos de la Marne, del Orne, del Norte, de los Altos Pirineos, que no habian mostrado mas constancia que M. Panisset en tiempo de la persecucion, y que no daban testimonio alguno público de arrepentimiento? Hé aquí la verdadera razon de negarse los *reunidos*. El 22 de febrero de 1796, M. Panisset, despues de haber luchado mucho tiempo, como él mismo confiesa, contra la gracia que le solicitaba, firmó la retractacion de sus errores, de sus escritos y de sus actos de cisma, y declaró renunciar á su título de obispo de Mont-Blanc, y conformarse en todo con los juicios de la santa Sede sobre la constitucion civil del clero. Escribió á Roma, y envió estas actas á Pio VI, quien le felicitó por su enmienda. Instruyó tambien de este paso á muchos de sus antiguos colegas, y su ejemplo no se perdió para todos. Ya desde el tiempo de su tiranía algunos de estos obispos habian reconocido su error. Fauchet, este obispo de Calvados tan infelizmente famoso por la exageracion de su patriotismo, y la estravagancia de sus discursos, habia atestiguado altamente en su prision en 1793 su arrepentimiento de sus mociones cívicas, de su juramento, de su intrusion y de otros escesos. Lamourette, obispo de Rhona y Loira, que fué muerto

algunos meses despues de Fauchet, habia firmado el 7 de enero de 1794 una declaracion, en la que se confesaba culpable de haber recibido la consagracion episcopal, ocupado una silla que no estaba vacante, y desconocido las leyes de la disciplina y la autoridad de la santa Sede. Gobel, obispo del departamento de Paris, mas culpable aun por haber dado el ejemplo de una vergonzosa desercion, manifestó los mismos sentimientos en su prision, si nos referimos á una carta de Lothringer, vicario episcopal del mismo Gobel. Este eclesiástico, uno de los tres vicarios que no habian acompañado al obispo á la Convencion el 7 de noviembre de 1793, declaró por una carta de 11 de marzo de 1797 que se ha publicado, que no habiendo podido Gobel confesar verbalmente con él, y viéndose cercano á perecer, le escribió desde su carcel, y le envió su confesion, pidiéndole perdon de haberle inducido al error, suplicándole que se encontrase á su paso para darle la absolucion, y firmando simplemente *obispo de Lidla*. Rons, obispo de las Bocas del Ródano, se arrepintió tambien de su intrusion cismática, y pidió públicamente perdon de ella. A estas retractaciones se pueden juntar otras posteriores. M. Charrier, obispo demisionario del Sena-Inferior, escitado tal vez por el ejemplo de M. Panisset, que le habia dado parte de su declaracion del 22 de febrero, abandonó enteramente á los constitucionales, se reconcilió sinceramente con la santa Sede; y se so-



metió á lo que le fué prescrito. M. Montaut, obispo de la Viena, rompió tambien con sus colegas, cesó en sus funciones de obispo, y volvió á entrar en la unidad. Estos felices ejemplos han tenido más recientemente aun imitadores.

— El 14 de setiembre rehusa el Papa suscribir á las condiciones que queria imponerle el Directorio francés. Mas de un año hacia que se hallaba Pio VI en la posicion mas crítica. Harto le constaba el odio que le estaban profesando los que tenian el poder en Francia, bajo el doble aspecto de gefe de la Iglesia y soberano temporal. Desde los principios de la revolucion ya le habian usurpado Aviñon y el Condado, habiendo acrecentado las disposiciones hostiles contra él, á medida que habia ido prevaleciendo la impiedad y la anarquía. El asesinato de un Francés, muerto en Roma en una conmocion popular, sirvió de pretesto á declamaciones contra el sumo Pontífice. Habiendo llegado á Roma un tal Basseville, secretario de la legacion en Nápoles, á principios de 1793, á la sazón en que las noticias de los desastres del 10 de agosto y del 2 de setiembre habian dejado en el pueblo impresiones de horror, aumentó la animosidad popular con sus discursos patrióticos y arranques imprudentes, y él mismo por fin se hizo su víctima. Pio VI ya habia publicado un edicto para prender á los culpables y prohibir los tumultos; mas por eso la calumnia no dejó de cargar contra el Papa toda la responsabilidad de este acontecimiento. Durante las pri-

meras victorias de las armas francesas en Italia, por los años de 1796, todo se lo podia temer el Pontífice de parte del Directorio, y en efecto el mes de junio de este propio año entró en el Bolonés una division de tropas republicanas. Poco tiempo antes de esta irrupcion habia mandado Pio VI á Milan al caballero Azara, embajador de España en Roma, prometiéndose que la intercesion de este ministro, cuyas opiniones filosóficas eran harto conocidas, seria mas agradable á los vencedores. Mas Azara no obtuvo sino un armisticio, y con condiciones bastante duras, puesto que debia consentir el Papa en la pérdida de las dos legaciones de Bolonia y de Ferrara, pagar quince millones, y entregar sus cuadros y sus estatuas mas preciosas. Solo cediendo á la necesidad tuvo que aceptar estas rigurosas condiciones, y mandó á París un plenipotenciario encargado de arreglar la ejecucion de este tratado. Sacó del castillo de San-Angelo los fondos que habia, pidió la plata de las iglesias, y aceptó los donativos de los particulares para reunir los quince millones, suma exorbitante para un Estado pobre y sin comercio. A pesar de todo el Directorio halló que el general francés habia exigido poco, y se negó á confirmar el armisticio, como no se retractase Pio VI de sus breves contra la constitucion civil del clero. Cuando uno piensa que desde mucho tiempo no estaba vigente esta constitucion; que no formaba ya parte de las leyes del Estado, y que el Directorio, cuya antipatía contra la religion y los sa-



cerdotes no era nada equívoca, se cuidaba tanto de esta constitucion, como de la antigua disciplina de la Iglesia Galicana, no se pudiera concebir porque se empeñó tan ahincada y tenazmente en exigir del Papa semejante retractacion, á no estar sobradamente claro que no era tal conducta, sino un pretesto para no conservar la paz y dar tormento al soberano Pontífice. El 9 de setiembre Garreau y Salicetti, comisionados del Directorio que se hallaban al efecto en Florencia, remitieron al prelado Galeppi los artículos del tratado en sesenta y cuatro artículos, no dándole mas que seis dias de término para contestar y advirtiéndole que se habian de admitir ó rehusar sin quitarles nada, por cuanto no se admitiria ni enmienda ni distincion. Tal era el tono de altivez con que se dictaba la ley al soberano Pontífice. Segun el artículo 4º, debia confesar el Papa que se habia equivocado y revocar todos sus breves acerca de la constitucion civil del clero, y segun el artículo 16º, debia abolir la Inquisicion. Inmediatamente se puso Galeppi en marcha para Roma. Reunióse el sagrado Colegio, y habiendo estado unánimes todos los pareceres recibió el señor Galeppi de parte del Papa la orden de escribir que *ni la religion ni la buena fe no le permitian aceptar aquellas condiciones*. Esta contestacion se fechó á 14 de setiembre en Florencia. Sin embargo espantosa era la posicion de la corte de Roma. Las armas francesas ocupaban todo el norte de Italia, y amenazaban el Estado de la Iglesia. Rehusar su-

jetarse á la voluntad del Directorio era esponerse á los mayores desastres; á pesar de todo creyó el vicario de Jesucristo que era indigno comprarle la paz retractándose de actos que habia sancionado la Iglesia. De aquí es que Pio VI y su corte pasaron lo restante de este año en la situacion mas precaria, sumergidos en incesantes zozobras.

— El 16 de diciembre, primera reunion de los teofilántropos. Los mismos que estaban deseando aniquilar la religion cristiana, inventaron una nueva especie de culto, y se hicieron sectarios de no sé qué religion natural, cuyos dogmas no han tenido jamas un sentido bastante categórico. Publicáronse algunas obras en favor del deismo, y cuando se creyó que ya estaban preparados los ánimos, se anunciaron reuniones. Túvose la primera en París en la Institucion de los Ciegos, cuyas primeras columnas fueron cinco habitantes de esta capital. No tardaron en asociárseles algunos sacerdotes casados, algunos prófugos de los clubs y algunos oradores de secciones. Estableciéronse sucesivamente en diferentes iglesias, organizaron un consejo de direccion, y dieron á luz algunas obras de liturgia. Mas sus festividades distaban mucho de hablar al corazon por su sequedad y sencillez fríisima, de aquí es que nada inspiraba en ellas interés; á mas de que veíanse descollar entre sus promotores hombres revolcados en el cieno de la revolucion. Silvano Marechal, que hacia gala de ateo, descollaba al lado de hombres famosos por su patrio-



tismo y su celo revolucionario. Mirábase como el fautor de la teofilantropía á uno de los directores de estos tiempos, el cual en un discurso que pronunció en el Instituto, á 1º de mayo de 1797, no tuvo ningun empacho en dejar traslucir su encono y desprecio del catolicismo, y su deseo de reemplazarle con un simulacro de religion. Favorecian los agentes del gobierno esta nueva secta solo para lisonjearla, y un ministro remitia gratuitamente á los departamentos el *Manual de los teofilántropos*. Concedíanse fondos para subvenir los gastos de este culto, y hasta se ha pretendido que pagaba el Directorio á algunos individuos á fin de que asistiesen á las ceremonias. En algunas ciudades, tambien se quiso establecer la teofilantropía; mas aquellos ensayos no fueron felices. Habiendo el director perdido su puesto, cayó la obra. A fines de 1799, los teofilántropos, ya reducidos á muy pocos en París, se restringieron á cuatro iglesias, que poco despues abandonaron tambien, pues sus reuniones desiertas, no atraian á nadie. El atractivo de la novedad habia pasado, y su religion acabó sin ruido, teniendo apenas cinco años de existencia.

## 1797.

— El 19 de febrero, tratado de Tolentino entre el Papa y el gobierno francés. En el estado en que

se hallaban las cosas, un incidente vino á decidir la crisis. El cardenal Busca, nuevo secretario de Estado, escribia al nuncio en Viena, y le manifestaba sin disfraz su poca inclinacion á los Franceses, y la esperanza que tenia de que el emperador vendria al socorro del soberano Pontífice. Esta carta cayó en manos de los Franceses, y vino á ser la señal de una nueva guerra. El 1º de febrero de 1797 se declara el rompimiento del armisticio, y el ejército francés marcha contra el Estado de la Iglesia. Se apodera corriendo de Imola, de Forli, de Cesena, de toda la Romania, del ducado de Urbino, de la Marca de Ancona, y llega el 17 de febrero á Tolentino. El santuario de Loreto es saqueado, la mitad de los Estados de la Iglesia invadidos, Roma queda en el mayor espanto. En este extremo, el general Bonaparte, á quien mayores intereses llamaban á Alemania, y que poco antes habia asegurado que *queria ser mas salvador de la cabeza de la Iglesia, y de estos bellos paisés, que su destructor*, el general Bonaparte propone una negociacion, que es aceptada con reconocimiento. El cardenal Mattei, arzobispo de Ferrara, de quien hacia aprecio el general francés, es enviado cerca de él con otros tres plenipotenciarios. La victoria por una parte, el terror por otra apresuraron el acomodamiento. El Papa fué condenado á pagar treinta y un millones, suministrar seiscientos caballos equipados, dar una pension á la familia Basseville, perder las tres legaciones de Bolonia, Ferrara y Ravena, y recibir